

núm
59

JUEVES
CINEMATOGRAFICOS

abril
19
1928

El Día Gráfico



Colleen Moore
célebre artista de la First.

*William Haines
y Carmel Myers
en "El sargento
Malacara"*

Colles



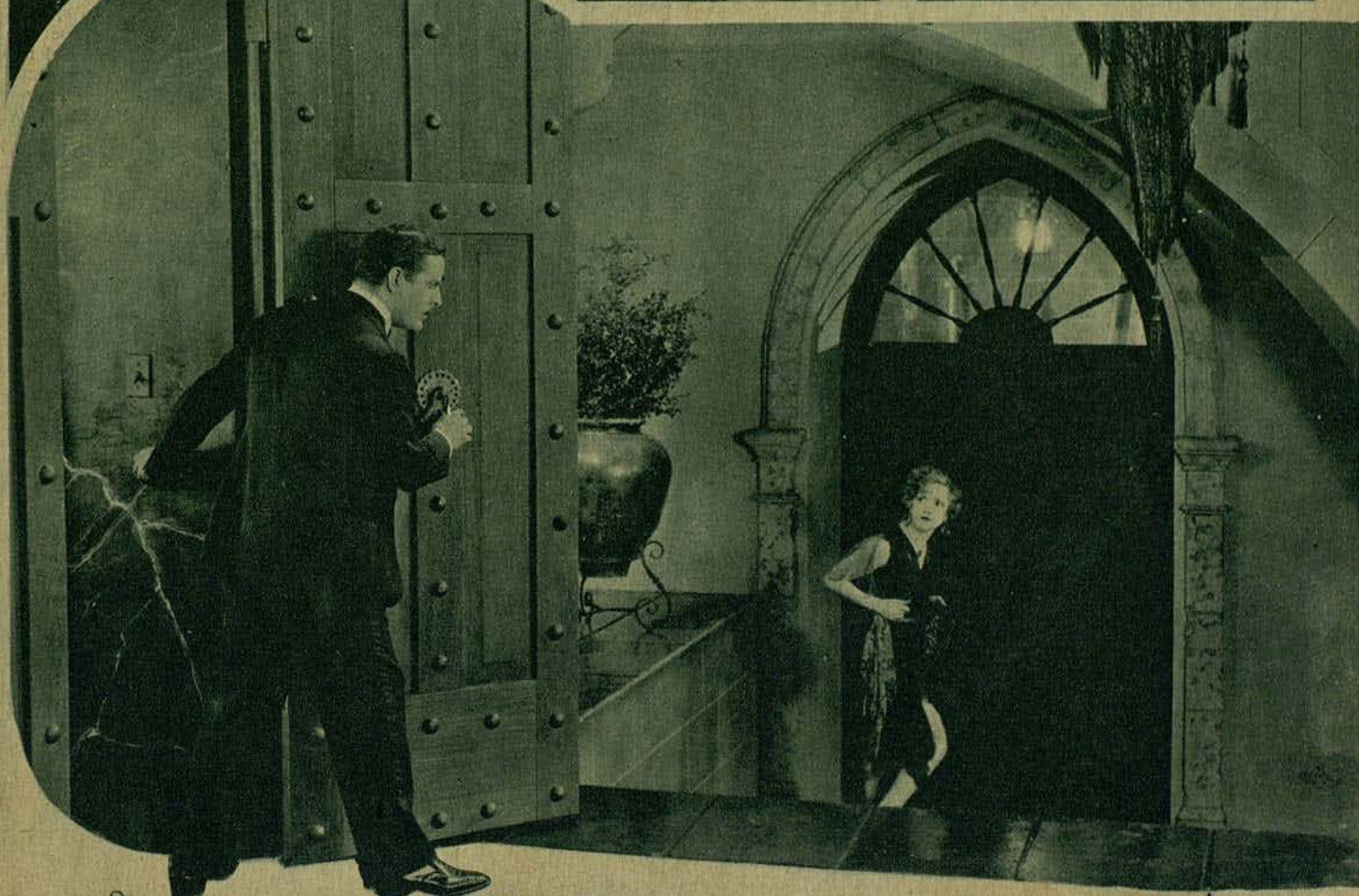
266-191



Beau

*Una escena del film Fox, "El estudio
secreto," éxito ruidoso de Olive Borden.*

Betty Bronson
y Milton Sills
en una escena de
"La isla encantada"



Una escena del film *First*, "*La Venus de Venecia*," a cargo de Antonio Moreno y Constance Talmadge.



*Lionel Barrymore,
estrella de M. G. M.,
en una de sus creacio-
nes.*



*Una escena de
"Lady Be Good,"
film First Natio-
nal, interpretado
por Dorothy —
Mackail y Jack
Mulhall.*



ARGUMENTOS DE PELICULAS

"MI PARIS"

En un pueblecito pintoresco y risueño de Francia, vivían apaciblemente el zapatero remendón Nicolás y su sobrino Pedro; pero mientras el tío era un carácter jovial y alegre, el sobrino era tímido y contemplativo.

Los dicharachos y refranes del uno se mezclaban con los cánticos del otro, cuando un día una tercera voz, una voz clara de mujer, vino a mezclarse en los cantos que los dos zapateros entonaban: era la parisién Irene Minville, que había llegado al castillo a pasar las vacaciones, la que lanzaba a los cuatro vientos al canción de moda: «Mi París».

Sorprendidos quedaron Nicolás y Pedro al escuchar la encantadora voz de aquella joven que vivía con su madre, y algunos días más tarde, cuando Irene tuvo necesidad del zapatero para la reparación de unos zapatos, trabaron un conocimiento más amplio con la exhuberante joven.

Esta llevó al castillo a aquellos dos hombres confusos y aturdidos.

Allí la misteriosa T. S. H. les hizo conocer el más epiléptico de los charlestones, e Irene lo bailó con frenesí; las copitas de licor se vaciaban con facilidad; las libaciones fueron tan continuadas que Nicolás creyó oportuno alejar a Pedro de aquellos lugares.

Pero, ¡impida usted el que dos jóvenes se vean! ¡Vana tarea!

Las visitas, por el contrario, se renovaron, y tío y sobrino vivieron una vida nueva, llena de pensamientos también nuevos.

Desgraciadamente, Irene no era una joven a quien le gustara permanecer largo tiempo en el mismo sitio.

El aburrimiento acabó por invadir su alma caprichosa, y un día vio surgir del fondo del parque visiones tan claras del hermoso París que sintió vehementes deseos de volver a verlo, a lo que su madre consintió, disponiéndolo todo para la partida.

Nicolás y Pedro experimentaron un dolor intenso al enterarse de la, para ellos, triste decisión, se despidieron y se alejaron, con lágrimas en los ojos. Aquella noche no durmieron.

Los trenes que pasaban con rapidez lanzando sus estridentes silbidos parecían como si los invitaran a seguir a Irene, diciéndoles: «¿Por qué no vais, vosotros también, a ese hermoso París que no conocéis?...»

A la madrugada, dos siluetas mar-



CHARLES FARRELL

chaban apresuradamente, por la carretera que conduce a la pequeña estación de ferrocarril, y en el mismo tren en que iban la señora Minville y su hija, ocuparon su puesto Nicolás y Pedro.

Se pone el convoy en marcha, y los paisajes se suceden sin interrupción;



AIME SIMON GIRARD

desfilan como en un cinematógrafo, los ralles huyen, se persiguen, se separan para volverse luego a juntar...; los hilos telegráficos corren, suben, bajan..., y las palabras fatales de «Mi París», parece como si se hallaran escritas en el vacío con gruesos caracteres de fuego.

En la estación de Lyon, Irene y su madre descubren, con la estupefacción que puede suponerse, a un campesino con una especie de levita que databa de los buenos tiempos de la exposición de 1900, y un enorme paraguas bajo el brazo. Le seguía un muchachote alto y delgado, materialmente embutido en un traje demasiado corto y estrecho. Eran, naturalmente, Nicolás y Pedro.

Previas las explicaciones de los dos hombres, algo penosas por cierto, madre e hija les ofrecieron hospitalidad en su casa, más que nada con el propósito de divertirse a su costa.

Y después de una rapidísima travesía de la estación a casa, que les heló el corazón, tío y sobrino se instalaron en el impresionante y ultramoderno inmueble de la señora Minville.

Aquella misma noche todos fueron a un cabaret de Montmartre, que estaba de moda. Irene al entrar anunció al gerente en alta voz: «¡Los dos multimillonarios más excéntricos de Chicago!» Excuso decir a ustedes la entusiasta acogida que se les hizo a los dos paletos.

El ruido, el calor, el champagne, los cigarros y un número de music-hall muy ligero de ropa, o mejor, casi sin ella, fueron los factores que intervinieron para acabar de aturdir a aquellos dos pobres hombres, obligándoles a ejecutar en medio de la sala, una serie de contorsiones y excentricidades capaces de hacer reír a un trapense, que acabaron cuando dieron en tierra con sus huesos, en medio de las risas y aclamaciones de la concurrencia. Pero, tan pronto como Pedro hubo recobrado el equilibrio, y comprendiendo lo ridículo de su situación, como si hubiera tenido una súbita inspiración inesperada, se puso a cantar con afinada y potente voz:

«¡Oh! ¡Qué hermoso era mi pueblo!»
En esta sala cosmopolita, esta alma sencilla, que cantaba las alabanzas de su país natal, hizo pasar un escalofrío de angustia que pareció purificar la atmósfera. Espontáneamente estalló una ovación. Irene desde aquel momento empezó a ver a Pedro

a través de un prisma diferente... Y algunos minutos después, con gran asombro de sus compañeros, el joven firmaba un contrato que le presentaba el director de una estación emisora de T. S. H.

Quince días después, el joven pueblerino estaba metamorfoseado con su traje de corte impecable, sus guantes crema y sus botines claros.

Su primera emisión fué una revelación. Al éxito acompañaron los contratos. Los billetes de Banco caían como una lluvia protectora de sus exhaustos bolsillos. Pedro estaba desconocido, e Irene ya no era tampoco lo que fué para él. Ahora la miraba bajo un punto de vista diferente.

Entonces fué cuando Nicolás, al comprender que el amor había hecho presa en el alma de aquellos dos jóvenes, se entristeció, y cuando deambulaba a lo largo de los muelles y por las interminables calles de París, se hacía la siguiente reflexión, con melancolía: «¿Qué hacía ahora, en la capital, él, el humilde zapatero?» No había más que una solución: volverse al pueblo y dejar a Pedro en París, donde la fortuna parecía sonreírle. Y tomó la irrevocable decisión de marcharse.

Sin embargo, la señora Minville y



DOLORES COSTELLO

Pedro, secundados por Irene, habían tramado un complot. Querían sorprender a Nicolás... Le enviaron a buscar, pero la doméstica no encontró a nadie en su habitación, volvien-

do al poco rato con una carta en la mano.

Abrieron la misiva, en la que el pobre zapatero, con emocionantes frases, se despedía de todos. Había comprendido que debía marcharse, a tomar posesión de nuevo de su taller... y se había marchado.

Todos corrieron en su busca, teniendo la fortuna de encontrarlo en el momento en que se disponía a tomar el camino de la estación.

Sin tener la idea de torcer su decisión, Irene, la señora Minville y Nicolás decidieron acompañarle, pero el coche sin que Nicolás se apercibiera, tomó un camino diametralmente opuesto y sin saber cómo, se encontraron todos, bruscamente, frente a un soberbio almacén de calzado, en cuya fachada se leía en gruesos caracteres recién pintados el nombre de Nicolás Després.

Entonces fué cuando el zapatero comprendió la grandeza de alma y la encantadora atención de sus amigos, para los que no encontraba términos lo suficientemente efusivos para darles las gracias.

El flamante propietario lloraba de alegría, mientras que Irene y Pedro hacían proyectos para el porvenir y se juraban amor eterno, por centésima vez.

La novela de un torero

En una casa de misérrimo aspecto, situada en uno de los barrios más pobres de la ciudad, envejecida, más que por la edad, por las penas y trabajos sin cuento y por las lágrimas, vivía la señora Antonia, consagrada por completo a los cuidados de su hijo Joselito. Un lazo muy tierno de amor unía a la madre y al hijo y el muchacho no pensaba más que en procurar el bienestar a la autora de sus días, que tantos cuidados le prodigaba. Pero ¿cómo se las arreglaría para ganar dinero rápidamente, sin conocer ningún oficio? Joselito no hacía más que pensar en esto todo el día, especialmente cuando iba a la plaza de toros, que ya desde niño le había cautivado. Le gustaba la sangrienta lid, con sus arriesgados lances, su sol y su alegría. No hablaba más que de tauromaquia y había acabado por ser un gran conocedor de este arte; había hecho su aprendizaje en algunas capeas, demostrando tales aptitudes que sus amigos veían en él un futuro ídolo de la afición; pero su madre, la infortunada Antonia Montes, le suplicaba, en vano, que abandonara aquella funesta y peligrosa pasión.

—Tú sabes perfectamente que tu padre murió hace ya tiempo corneado bárbaramente por un toro, y por si esto no bastara, tú quieres también dedicarte a esa profesión. ¡Me quieres matar a disgustos!

—No, madre mía; yo te prometo que te obedeceré—respondía el joven.

Pero apenas volvía la espalda la señora Antonia, la sangre paterna comenzaba a hervir en sus venas y volvía a sus capeas, trayendo siempre

algún dinero, que piadosamente depositaba en las manos de su madre.

Un día que había quedado mejor que de ordinario en la plaza y que sus faenas habían sido presenciadas por el acaudalado propietario Romero, torero retirado que en sus tiempos fué uno de los mejores, éste le dijo:

—¡Tienes un gran porvenir, muchacho! A lo tuyo, y no escuches a los que te rodean. Si me haces caso, muy pronto estarás a la cabeza de los toreros de primera fila.

Con el corazón henchido de esperanza se fué el joven a su casa a contárselo a su madre, pero ¡ay! no sabía la desgracia que le esperaba.



VIRGINIA VALLI

Aquellos ojos amados nunca más le mirarían; la señora Antonia había sido víctima de un ataque de ceguera. Al lado de ella estaba la amiga de la infancia de Joselito, la encantadora Lolita, con la que sostenía relaciones hacía tiempo; ésta trató de consolarlo lo mejor que pudo. Se llamó urgentemente a un médico, que acudió presuroso y aseguró que mediante una delicada operación quirúrgica la ciega recobraría la vista. Pero ¿en dónde encontraría el dinero necesario?

Nunca le había parecido a Joselito la miseria tan terrible; se precipitó en la calle en busca de un lugar solitario para expansionar su alma y llorar a su gusto. En este momento el destino puso en su camino a Romero, que se brindó, golcico, a ayudarlo.

—Yo no tengo más que una palabra, y ya te lo dije, tú serás un gran matador y, si quieres, ganarás en las plazas de España y América oro de sobra para atender a la cura de tu madre; podrás unirte a la mujer que adoras y serás el ídolo de todos los públicos.

La tentación era muy fuerte, sobre todo en lo que atañía a ofrecer la posibilidad de devolver la vista a la señora Antonia.

Acceptó la proposición de Romero, con el que firmó un contrato para torear cuatro corridas en Madrid. Lolita, con la que acababa de casarse, le suplicó en vano. A las súplicas de la nuera se unieron las de la pobre ciegucecita, pero todo fué inútil; entonces Lolita, viendo que todo era inútil, puso sobre el pecho de su ma-

ruido un relicario, que éste se llevó junto con las bendiciones de aquellas dos mujeres desoladas.

Su éxito fue rotundo, definitivo, y con él hicieron su aparición la gloria y la fortuna. Tan pronto como volvió, su primer cuidado fue hacer operar a su madre y ofrecerle una linda finca, que compartió con Lolita.

Pero la brillante carrera de un torero está siempre erizada de peligros, llena de traidores escollos; en Sevilla, Joselito encontró una extranjera; se llamaba Corinta y era una criatura tan ideal y hermosa, como voluble y tornadiza, que hizo víctima de sus caprichos al buen Joselito, hasta el punto de que éste olvidara completamente a la gentil Lolita.

El drama le acechaba en la sombra. La tragedia se cernía sobre su cabeza. Manuel Fernández, rival, sin esperanzas, de Joselito, para vengarse de él tendió una celada al célebre diestro, despertando en él unos celos terribles. Este pidió explicaciones a Corinta, a su amante, pero esta mujer sin corazón no encontró otro argumento para replicarle que ponerlo de patitas en la calle, no sin advertirle antes que prefería a Manuel Fernández.

Para reconquistar a Corinta, que se le escapaba de las manos a pesar de su aparente desprecio a Joselito, Manuel conspiró con la camarera de aquella extranjera, que sembró de ponzoñosos celos el alma de su dueña. El célebre matador estaba precisamente en aquellos momentos en las propiedades de los marqueses de Ruissotar; había ido allí a escoger los toros para la próxima corrida; la marquesa era muy hermosa y esto constituía el pretexto, mejor dicho, el arma de Manuel.

—Te engaña con la marquesa—le dijo a Corinta—; se burla de ti.

Manuel había dado en el clavo, como vulgarmente se dice, y Corinta, ante la realidad de los hechos, escribió una carta de ruptura a Joselito.

La carta estaba concebida en los siguientes términos:

«José: Por debilidad te hice creer en un amor que en mí nunca existió; no eres digno de mis mentiras. ¡Adiós!—Corinta.»

Al encontrar esta carta en su casa, Joselito no pudo contener su furor y se fue a la de Corinta a pedirle explicaciones; ésta lo recibió muy duramente.

Al preguntarle los motivos que tenía para escribirle aquella carta, ella respondió:

—¿Quiere usted obligarme a que le diga que su presencia aquí me es muy desagradable?

El respondió:

—Sin embargo, yo quería conocer los motivos que...

—Guarde usted su hipocresía y su falsedad para engañar a otras, que sean dignas de su cobardía.

El día de la corrida, Joselito vio en el tendido a Corinta, en amoroso coloquio con Manuel; perdió la cabeza; los celos le cegaron; el toro aprovechó aquella ocasión para precipitarse con fiereza sobre él y cornearlo bárbaramente: la carrera del matador había terminado.

Había sido salvado milagrosamente por el relicario que Lolita le entregara en los principios de su arriesgada carrera; el cuerno de la fiera, buscando el corazón, encontró el amuleto, que desvió aquel golpe. Joselito estaba gravemente herido en el pecho y en la pierna. Lolita, que lo creyó muerto, se arrojó, llorando, a sus plantas. Al ver a su mujer de rodillas, Joselito, a pesar de su dolor, exclamó:

—Levántate, Lolita. Tú me has salvado la vida.

—No hables—dijole ésta.

—Tú siempre has sido muy buena para mí. Yo, sin embargo, no he hecho más que darte penas.

—Eso no es nada. Ya pasó todo. Te perdono y—añadió la joven—te curarás.

En efecto, curó; pero, con gran desesperación, comprobó Joselito que se quedaría cojo. El, que siempre alardeaba de su fuerza física y de su magnífica constitución, estaba profundamente humillado con esta enfermedad; había consultado a todos cuantos doctores se le indicaron, respecto a su posible curación, pero siempre le contestaban diciendo que

solamente un milagro podría salvarle.

Un día, este milagro se produjo. Lolita trabajaba en cierta labor, discretamente disimulada, cuando se sintió desfallecer, estando a punto de caer. Joselito, instintivamente, se precipitó hacia ella para cogerla entre sus brazos. Su madre, la señora Antonia, que había visto su gesto, exclamó:

—Pero ¡gl! ya andas solo, hijo mío!

—¡Ah, qué felicidad! ¡Es cierto!—respondió Joselito—. ¡Volveré a ser otra vez lo que he sido! ¡El ídolo de los públicos.

Pensaba en su gloria pasada, en las aclamaciones de los públicos enardecidos con sus portentosas faenas, en su gran carrera taurina interrumpida por aquel maldito accidente, cuando en aquel mismo instante vio en el suelo dos calcetines de bebé, que habían caído sin duda al desvanecerse Lolita. Entonces comprendió que un nuevo porvenir se abría ante él; abrazó tiernamente a su joven esposa, prefiriendo ser nada más que el ídolo de los suyos. Por la felicidad, Joselito renunciaba a la gloria.

En El Laboratorio



Un Inventor de Chascos a la Obra

HE aquí el cuadro de un laboratorio de comedias en plena operación. Byron Morgan es el autor activo, ocupado en inventar situaciones cómicas para los artistas de la Metro-Goldwyn-Mayer. Colaboran con él Ann Price y Ray Doyle produciendo el estrépito y

conmoción necesarios para la creación de nuevos "chascos". Morgan es el autor de "Fugando al Polo", película de William Haines; de "El Amor Hace Milagros", en que trabajan juntos Karl Dano y George K. Arthur; y de "La Gloria del Colegio", cinta de Marion Davies.

La verdadera historia de Greta Garbo, según la refirió a Ruth Biery

CAPITULO IV

Greta, estrella en Estocolmo, filma en Berlín, se pasea en Constantinopla y parte para Nueva York

Quando terminamos «Goesta Berling», como no teníamos más películas que rodar, volví a la escuela. Filábamos todas las escenas en verano excepto las de nieve. En la escuela toda estaba igual. Yo continué siendo la traviesa e inquieta Garbo, que, por no perder la costumbre, continuaba llegando tarde todas las mañanas.

Llegada la temporada de verano, sorprendida por un telegrama de Mr. Stiller, en el que me decía que no me comprometiera con ninguna empresa, advertencia que encontré lógica, sobre todo si se tiene en cuenta que otras compañías me hacían proposiciones.

Por lo tanto, suspendí mis proyectos y determiné irme al campo a pasar una temporada. Aquello me haría mucho bien; más que nada la soledad, porque a mí me gusta mucho estar sola, completamente aislada, cosa que no he podido conseguir aquí todavía. Aquí en el campo hay tanta gente como en la ciudad y yo necesito estar siempre sola. ¡Si usted viera lo maravilloso que es mi país durante el verano y la calma solemne de aquel campo tan pintoresco y eternamente verde!

Al llegar a este punto, Miss Garbo entorna sus ojos de gatita mimada, y su imaginación vuela rauda hacia el septentrion, que tanto añora, y continúa:

Estando en el campo disfrutando de su dulce calma, recibí una carta de Mr. Stiller, en la que me decía que tenía que ir a Berlín para continuar con «Goesta Berling». Volví a Estocolmo y cuál no sería mi sorpresa al encontrar allí a Mr. Stiller que me esperaba para acompañarme; le agradecí mucho sus desvelos y debo manifestar que jamás he visto una persona más simpática y más agradable y que más interés se haya tomado por mí.

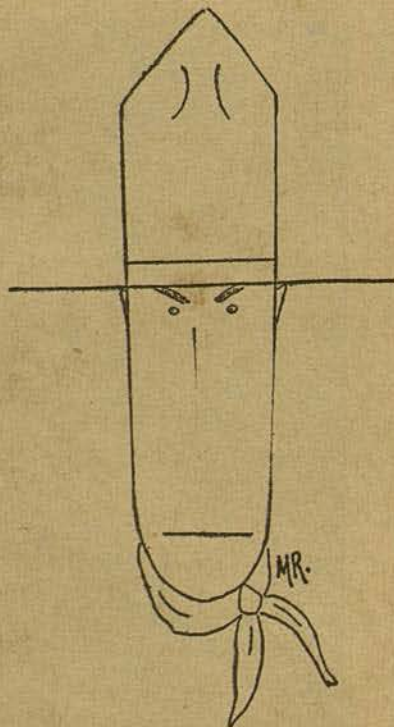
En un mes estuvimos en Berlín y en Constantinopla.

¡Constantinopla!... ¡Qué nombre más evocador!... Yo no sé cómo describirla; no es, desde luego, como la mayoría de las gentes creen. Ya se acabaron los trajes orientales, los hermosos tocados de «Las mil y una noches». Allí se viste a la europea, encontrándose tan sólo alguno que otro traje típico llevado por los viejos

se resisten a perder la costumbre.

Sus calles, la mayoría, estrechas y sucias, cuajadas de tiendas y cafés, también sucios, llenos de comestibles en aceite, y en los que las moscas parecen ser las verdaderas dueñas de la situación.

En aquella película no llegué a posar siquiera, por haberse disuelto la compañía. Mr. Stiller volvió a Berlín a por dinero y yo permanecí sola en aquella ciudad, es decir, en compañía de Einar Hansen, aquel muchacho que se mató en Hollywood no hace mucho tiempo, pero no le veía casi nunca. Este debía trabajar conmigo en aquella producción.



WILLIAM S. HART

Fuí invitada a ir a la embajada sueca. Estuve dos veces y no volví más, no me gustaba estar rodeada de tanta gente, prefería estar sola. Fuí a visitar los célebres bazares turcos acompañada de un guía, sin el cual difícilmente hubiera podido encontrar mi camino en aquel laberinto de callejuelas y encrucijadas. Estaba disgustada por no filmar y procuraba distraerme haciendo frecuentes in-

curSIONES en el casco viejo de la población, que recorrí por completo.

Mi pasión, son los viajes; desearía tener muchísimo dinero para viajar; no habría ningún lugar en la tierra que yo no visitara. Iría a las montañas de China, al Japón, visitaría todo el Oriente misterioso, poblado de seres extraños. Me gustaría jugar con esos objetos chinos que llevan en el mundo miles de años.

A todos estos sitios iría sola; no es necesaria la compañía cuando se viaja.

No sé si volver a Suecia, quizás tarde un mes, dos, un año... no sé; pero si vuelvo, no será para quedarme; temo encontrarla muy pequeña, y además yo necesito estar en todos los pueblos, verlo todo.

Me gustaría volver a Constantinopla, pero no para quedarme a vivir allí, sino para volver a admirar de nuevo aquel cuadro con aquel colorido tan violento, tan intenso; un colorido que no sabré describir, y que me gustaría admirar, un mes a lo sumo.

**

Llegó, por fin, Mr. Stiller a Constantinopla, nos pagó religiosamente y yo tomé la determinación de volverme con él a Berlín, en donde trabajé en una película, muy mala, por cierto, titulada «La calle de la tristeza».

Por aquellos días se encontraba en Berlín Louis B. Mayer. Quería firmar un contrato con nosotros. Como siempre, Mr. Stiller me dijo:

—He encontrado algo que creo que le convendría; yo siempre le doy a usted lo mejor que encuentro; no sea tonta y acepte.

Quando me vió Mr. Mayer, me miró con detenimiento. Pude observar que me miraba atentamente con el rabillo del ojo. Mientras duró el examen, no dije ni una sola palabra y después tampoco traté de indagar nada acerca de mi futura actuación o actuaciones. La parte comercial, o sea financiera, era cosa exclusiva de monsieur Stiller.

Firmé, siguiendo las indicaciones de éste, un contrato por tres años, ganando cuatrocientos dólares semanales (sueldo corriente) más una especie de gratificación consistente en ganar seiscientos y setecientos cincuenta dólares durante cuatro semanas al año.

A decir verdad, nunca supe lo que

en Europa ganaba; sólo puedo asegurar que nunca alcancé semejante sueldo.

Mr. Stiller era el encargado de ocuparse de todas las cuestiones monetarias, porque yo siempre he sido muy mala administradora.

Volví a Estocolmo para preparar mi marcha. Esta despertó entre mis conocimientos curiosidad y en mi familia estupor. Todavía recuerdo el día en que mi madre me decía con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Estás mejor, Greta, y más guapa... y ahora es cuando nos dejas!

Mi madre tenía el presentimiento de que yo haría como la mayoría de los suecos cuando emigran; les cuesta mucho abandonar el país, pero una vez lo han hecho ya no vuelven a él, salvo en contadísimos casos.

Llegó el día de la partida. Salieron a despedirme mi madre, mi hermana y mi hermano, cuyos nombres nunca publico, ni hacen al caso ¿para qué? Son «los míos» y sus nombres van en mi corazón grabados en caracteres de fuego.

Y al decir esto, miss Garbo, lleva ambas manos cruzadas sobre su pecho, como si con esta acción quisiera alejar a los infortunios y defender a los suyos, de la ajena curiosidad.

Me embarqué en el «Gutenberg» con rumbo a Nueva York. Aquel viaje era para mí algo extraordinario; cuando me ví en pleno océano, dulce y melancólicamente mecedida por sus ondas inquietas, mi espíritu voló a otras regiones más puras. Estaba muy impresionada y muy conmovida al ver tanta grandiosidad. Me pasaba las horas muertas contemplando cómo se estrellaban las olas contra los costados del buque y viendo el alborozo y jugueteo de los delfines. Mi deseo hubiera sido que aquel viaje no hubiera terminado nunca.

Además, pasaba la vida muy distraída y muchas veces me hacían reír las genialidades de una amistad muy sincera que hice sobre cubierta.

Se trataba del pequeño Tommy, un niño encantador al que no cesaba de darle galletas y pasteles, aun a riesgo de una indigestión. Afortunadamente sus padres velaban por los dos y nos cortaban con frases amables y benévola sonrisa aquellos desenfrenos gastronómicos.

Llegamos al puerto de Nueva York por la noche, y gracias a aquella orgía de luz veíamos casi como durante el día. Desde el puente, semejava la inmensa ciudad, un gigantesco volcán en erupción.

Yo me volvía loca procurando distinguir alguna calle, para ver si estaba cubierta con alfombras de flores. No sé de dónde saqué la leyenda, o si lo soñé, que en Nueva York abundaban tanto las flores que iban tiradas por las calles. Estaba terriblemente excitada. Otra vez mis nervios me volvían a hacer una jugarreta. Desseaba desembarcar para comprobar aquel punto.

(Continuará.)

ATALAYA

Bernard Shaw y Adolfo Menjou

La escritora Irene de Falcón ha publicado un artículo acerca de la estancia de Adolfo Menjou en Londres, y de la visita que Bernard Shaw ha hecho la célebre «divo» de la pantalla.

He aquí los párrafos más interesantes del mencionado escrito, que vió la luz en «La Voz», de Madrid:

«Ha estado en Londres Adolfo Menjou, con su mujer, pasando parte de su luna de miel, que más que de miel ha sido de «champagne» y de «jazz-band». Cuando se anunció su llegada el pueblo inglés se dirigió delirante a la estación a ver cómo es la preferida del gran amador de la pantalla. Lo mismo hizo el pueblo francés cuando la pareja llegó a París, y cuando partían para Inglaterra los despidieron con «jazz», que ellos agradecieron bailando un «shimmy» en la plataforma de la Gare du Nord. Lo mismo habría hecho el público alemán y el público español y todos los públicos modernos. Porque ésta es la edad del cinematógrafo. Adolfo Menjou y los demás ases y estrellas de la pantalla son hoy los reyes del mundo.

En los países más lejanos hombres y mujeres los admiran y se enamoran de ellos. En realidad, todos los países son suyos, y ellos no son extranjeros en ninguna parte.

Poco a poco la gente ha ido dándose cuenta de que no se puede desdénar el cinematógrafo como un entretenimiento de los niños y de los simples. El cinematógrafo ha adquirido una enorme importancia, por su aspecto económico y por sus grandes posibilidades, porque esta industria todavía está en su tierna infancia. Los primeros en explotarla fueron los americanos, que, aunque faltos de arte y de imaginación, lograron inundar el mundo con sus películas a fuerza de mucho dinero, de técnica, de lindas «estrellas» y de atléticos «ases». En Alemania se dedicaron al «arte» de la cinematografía con mucha imaginación, excelente gusto artístico y buena técnica; pero con mucho menos dinero, que, después de todo, es lo más importante, porque los norteamericanos consiguieron, a fuerza de él, llevarse a Hollywood a los mejores directores artísticos de Alemania.

De todo esto, Inglaterra se ha apercebido un poco tarde. Ahora, al ver la riqueza que el cine significa, se ha preguntado: ¿Y por qué no ha de poseer Inglaterra también un Hollywood? Pero, naturalmente, aun con muy buena voluntad, es imposible ponerse al nivel de los americanos en unos cuantos meses. Desde que se aprobó el acta de films cinematográficos, que obliga a los cinemas a pasar cuatro cintas inglesas por cada



LILLIAN GISH

extranjera, las casas productoras inglesas tienen que hacer algo a la fuerza. Ya se han formado muchísimas compañías importantes con mucho capital, y en algunas partes de Londres ya hay un poco de ambiente pelicularo. El gran problema inmediato es la busca de estrellas. Para resolverlo han organizado unos grupos desconocedores que recorren las tiendas, fábricas y talleres, fijándose bien en todas las muchachas de frente, de perfil y de espaldas. Las escogidas son citadas en los estudios, y si sirven, entrenadas para la pantalla. Ya hay varias estrellas cazadas de esta manera. Yo iba hace poco con mi marido por Regent Street, y un señor nos paró, nos preguntó si queríamos ganar muchas libras, y nos entregó una tarjeta con la dirección de un estudio. A pesar de explicarle que a nosotros nos bastaba el arte de escribir, el viejo, un judío, nos siguió un rato, prometiéndonos grandes cosas si acudíamos a la cita.

Así, pues, Adolfo Menjou ha encontrado en Londres un entusiasmo que no esperaba. Pero lo que le ha demostrado su gran poder es la visita que le ha hecho Bernard Shaw. «¡Bernard Shaw!—ha dicho Menjou—. Pero si yo hubiera caminado el mundo entero por hablar con el gran escritor!» Pues lo he logrado bien fácilmente. Bernard Shaw llamó por teléfono al hotel de Menjou, pidiéndole hora. El objeto de su visita fué tratar de que le filmen su obra «El hombre y las armas».

Jorge Bernard Shaw, o, como aquí le llaman, G. B. S., está también muy interesado en la cinematografía. Pero su visita a Menjou demuestra que no le interesan las casas productoras inglesas.»

I. Fabra.—Primera: Según las últimas noticias, sí, señor.

Segunda: Campomanes, 11, Madrid.

Tercera: Meléndez Valdés, 44.

Cuarta: Esta producción no se ha terminado aún.

Oscar.—Como sea que hoy en nuestra producción no se trabaja, tendré presente su encargo para más adelante.

Sara.—F. N. S. 1920 So Vernon Adame, Los Angeles, California.

V. Rosas.—N. A. S. Hollywood (California), unos veinte días.

M. Martínez.—Primera y cuarta: F. N. S. 1920, So Vernon Adame, Los Angeles (California).

Segunda y sexta: A. M. G. H., Culver City, Hollywood (California).

Tercera y quinta: U. A. S., Hollywood (California).

Juan Martí.—Primera: A. M. G. H., Culver City, Hollywood (California).

Segunda: Que es María Casajuaña a W. F. S. Hollywood (California).

Valentín Pons.—Primera: A Claris, 71, y segunda: Avenida Conde Peñalver, 13, Madrid.

—Por falta de espacio no hemos podido contestar durante algunas semanas todas las preguntas, así es que perdónese si no contesto a la anterior carta que hace mención, pero descuide, se le contestará. Primera pregunta: Eleonor Bertheim. Segunda: Los tres son hermanos y la última, esposa de Keaton.

Valli cuenta 21 años y es soltera y la otra cuenta más edad y es casada.

Marta Royal.—Este director es de la casa Sascha, de Berlín, pero hoy día se encuentra en América, y son ciertos los rumores; dentro de breves días podrá darle la dirección.

Margot (Pepita).—Como que son 21 preguntas las que hace, se las remitiré por correo.

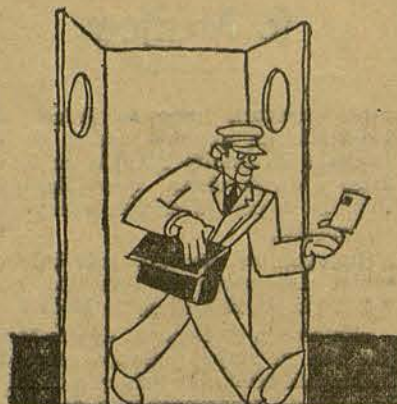
Marta Mansfield.—Escribiré a Goya Film, suplicando le devuelvan las fotos.

Una.—Lo desconocemos, pero seguro que es alta.

Para fotografías de artistas de cine, dirijase a

Juan Brotons
VALLIRANA, 52
BARCELONA
acompañando el importe de
1.50 ptas. por foto

ESTAFETA cinematográfica



ADVERTENCIA

Con objeto de ganar espacio, en beneficio de la mayor extensión de nuestra Estafeta, advertimos a nuestros simpáticos consultantes que, en lo sucesivo, nombraremos a las manufacturas cinematográficas por las iniciales solamente. Así, la Metro Goldwyn Corporation será M. G. C.; la First National, F. N.; la Paramount Famous Lasky Corporation, P. F. L.; la William Fox W. F., United Artist, U. A., etc., etc.

Greta Morena.—Esta artista es de las altas, pero lo corriente es de 1'55.

H. Tifeta.—Primera: A. W. F. S., Hollywood (California).

Segunda: A. W. B. S., Sunseto Biret y Bronson, Hollywood (California).

Tercera: a P. F. L. C., 5451 Moraton Street, Hollywood (California).

J. Cañellas.—Primera: Cuenta unos 35 años; segunda: M. G. Corp. Culver City, Hollywood (California), en francés e inglés.

Cu-Cu.—Primera: De este pobre actor hace tiempo que no se sabe nada de él.

Segunda: Este sí trabaja, y dirijase a Universal Pictures Corp., Culver City, Hollywood (California).

Tercera: A la misma dirección que la anterior.

Suplemento Cinematográfico de
— EL DIA GRAFICO —
CUPÓN para una consulta a contestar en la
— Estafeta Cinematográfica —

I. Odall.—No lo mande usted, pues son tantos y tantos los que reciben diariamente y que no aprovechan ni uno, que perdería el tiempo.

R. P.—Recibidas sus fotos, han sido mandadas para su examen.

Jovencita.—De este artista se dijo mucho, que venía, pero nada oficial, ahora, según informes, hará un viaje por Europa, pero esto no quiere decir venga a Barcelona.

Valentino C.—Si usted manda las fotos, con mucho gusto las remitiremos a alguna manufactura; pero no olvide son muchos los que aspiran este lugar.

J. Jové.—Este artista pertenece a Ufa y puede dirigirse a Studios U. F. A (Babelsberg) Berlín, cuenta 27 años y es soltera, se le puede escribir en francés.

Ramona Pelegrí.—M. G. C., Culver City, Hollywood (California).

Ojos verdes.—Perdone la tardanza en contestar, pero más vale tarde que nunca.

Primera: M. G. Corp. Culver City, Hollywood (California).

Segunda: U. A. G., Hollywood (California).

Tercera: P. F. L., Cor. 5451 Moraton Street, Hollywood (California).

Del segundo, en la próxima temporada hay buenas películas, pues se han pasado de prueba algunas y son una maravilla, ¿no asiste usted a ellas?

Teresita Vidal.—Mejor es que lo haga en inglés y nada de francés.

Juan de Zárate.—Avenida de la República, París, VIIe.

M. Whus.—Se encuentra nuevamente en América y puede dirigirse a M. G. C., Hollywood (California).

Josefina Gilbert.—Veo que de nuevo cuento con su apoyo, y por cierto que lo celebro; ahora bien, los dibujos, es natural, han de ser con tinta china, pero si están hechos, mándelos. Sobre la encuesta, se terminó; lo que dudo que estén enfadados conmigo.

Para la Estafeta Cinematográfica
Sr. D.
Juan Brotons
Redacción de **EL DIA GRAFICO**
Plaza de Cataluña, 9
CIUDAD

MIRANDO A LAS "ESTRELLAS"

COMO ES NORMA TALMADGE

Como toda artista verdadera, Norma Talmadge es muy extremada en todos sus sentimientos. O ama u odia, trabaja con frenesí o no hace nada absolutamente. Debe, sin duda alguna, haber algo de fuerza latina en la sangre de esta mujer americana, pues sus ojos negros y profundos son extranjeros... esos ojos emotivos, más expresivos que su cambiante boca, que llevan impresos un sello de dulce melancolía.

Fuera de la pantalla, Norma Talmadge es simpática, reservada; pero franca, lo que los franceses llaman una «sensitiva» y una mujer con la suficiente inteligencia para no haber perdido el sentido de la proporción de la vida, a pesar de sus grandes éxitos.

Aunque de ardiente fibra, rara vez pierde Norma el dominio de sí misma, y siempre se halla en el lugar que la corresponde, por lo que en los Estudios no ha sido nunca considerada como una mujer de temperamento.

Indudablemente las hermanas Talmadge, tanto Constance como Norma, se han educado en el hábito del trabajo, demostrándolo plenamente en su forma de trabajar, pues Norma puede filmar una escena con mucha más rapidez que cualquier otra artista de Hollywood, y más de una vez ha asombrado a sus directores por cómo puede comerse un sandwich en un minuto, pasearse durante otro, y seguidamente colocarse ante la cámara dispuesta para el trabajo.



WILLIAM HAINES

En el carácter de Norma todavía hay mucho de infantil, señalándolo con sus rápidos cambios de expresión, en su anhelo por ver prontamente satisfechos todos sus deseos, y en su afición por el cinematógrafo. Un tanto parecida a Tessa en «La Ninfa Constante» por su fuerza y reflexión y por su ávido deseo por todos sus caprichos y propósitos, Norma pareció trasladar algo del alegre y libre ambiente de «La Ninfa Constante» a su casa de Brooklyn, donde ella y Constance recogían a todos los animales que encontraban por las calles, haciéndoles intervenir en todas las obras que representaban en su casa, fruto de propia imaginación. Tanto ella como Constance eran para sus padres, más hermanas que hijas.

En la película «El grito de la batalla», fué donde por primera vez la vió Joseph M. Schenck, que poco tiempo después se convirtió en su marido, y desde entonces no ha faltado nunca a las conferencias sobre negocios de su marido con sus asociados, lo que ha desenvuelto grandemente su natural sagacidad de criterio al mismo tiempo que ha adquirido un verdadero conocimiento de los asuntos comerciales cinematográficos.

Cuando trabaja en una película, se muestra pensativa, absorta y completamente abstraída en su trabajo, por lo que su familia conociendo y comprendiendo su carácter la deja en libertad absoluta. Para Norma sería imposible dar de algo el cincuenta por ciento, o todo o nada, es su norma, si es que tiene alguna.

Contestando a la pregunta de cómo se ve a sí misma, contestó: «Como a cien personas distintas... raramente como a mí misma. Tres cuartas partes de la vida de una actriz cinematográfica se pasan en tratar de ser otra persona, aunque tenemos la ventaja sobre la generalidad de poder nos ver a nosotras mismas. Largas horas he pasado en el cuarto de pruebas, pensando: ¿Por qué hice este gesto? ¿por qué hice aquél? ¿por qué no hice éste? por lo pronto comprendí lo que Anatole France quiso decir con «Un toque de afectación y se hallará usted a millas de distancia de la naturalidad.»

«Creo que se necesita mucha más sinceridad en la pantalla que en el escenario. Se ha dicho y escrito mucho por los artistas sobre el sentir y vivir el papel que se desempeña, y sin duda alguna habrá mucho de exageración en todas estas declaraciones, pero también hay mucho de verdad. En mi concepto, la pantalla requiere mucho más realismo que la escena, pues la afectación en los modales es mucho más notoria que la afectación en el lenguaje.»

Hablando de las muchachas que de-

sean labrarse una carrera en la cinematografía dijo:

«Mi primer instinto es procurar alejarlas de esta idea; pero luego recuerdo que teniendo la ocasión nadie hubiera podido apartarme de mi camino! Sin embargo opino que todos los que hemos vivido en la cinematografía, debieramos advertir a los principiantes, de todos sus inconvenientes.

»El éxito depende, muchas veces, más del carácter que del temperamento, pues aunque es indudable que se debe tener talento para llegar a ser un buen artista, éste no es el todo. El trabajo en la pantalla es algo emotivo que necesita tener una contraposición, por lo que para salir airoso debe uno poder analizarse a sí mismo y nada es tan adecuado para ello como la sala de pruebas, pues en ella aparece uno tal cual es, y como realmente se enfrenta uno con un sér extraño, ello da fortaleza para reconocer las propias faltas y corregirlas.

Cuando empecé mi carrera acostumbra a ir a observar al público que me veía trabajar en la pantalla, lo que siempre me probó las innegables ventajas de la sinceridad, pues una puede engañarse a sí misma, pero no puede nunca en modo alguno engañar a los espectadores.»



CORNWAY TEARLE

Lo que yo he visto en América

Por Paulette Duval

UN ARTISTA OPTIMISTA. — LA «CHRISTIAN SCIENTIST». — LA MODA EN LOS ESTUDIOS DE HOLLYWOOD

Además de Lon Chaney trabajé en «Lágrimas de Clown» con John Gilbert y Norma Shearer. Esta no había desempeñado todavía papeles estelares, a pesar de su gentileza y hermosura. John Gilbert también era un camarada encantador.

Entonces no ocupaba todavía el lugar preeminente que en la actualidad tiene, pero ya se destacaba y empezaba su carrera ascensional; sus principios, que él me contó con su franqueza característica, me dieron alguna esperanza. Supe que había estado años enteros en la «Fox», no encontrando más que empleos desesperantes. No se le consideraba como actor y no le daban papeles más que en películas sin importancia.

Pero John Gilbert es un optimista y está dotado de un valor, una tenacidad y una fuerza de voluntad a toda prueba; él nunca perdió la esperanza y, al final, ha ganado la partida que tantos artistas abandonan por despecho o desesperación. Cuando yo lo conocí ya era propietario de una magnífica casa donde recibía y se daban fiestas esplendorosas. Entonces estaba casado... actualmente ya no lo está... Sin duda porque un galán de su categoría, y poseyendo su encanto y atractivos, no debe estar monopolizado por una mujer; debe pertenecer, idealmente a todas...

Después de este film que tanto valor me dió, «Los dos métodos», bajo la dirección de Rob Leonard, el marido de Mae Murray. De este momento he guardado un recuerdo muy agradable. Bob Leonard, es un «metteur en scene» de un talento y gusto exquisitos. Trabajaba con Lewis Stone y otros dos actores, Conrad Nagel y Margaritte de la Motte.

Lewis Stone es exactamente en su vida corriente, lo que es en la pantalla: un perfecto gentleman. Era oficial de la Armada, dejando dicho cargo, un poco tarde, para dedicarse al teatro y, posteriormente, al cine. Pero en sus dos nuevas profesiones ha sido siempre el hombre de mundo antes que nada, lo que hace que los papeles por él desempeñados tengan ese sello especial y esa sinceridad sin igual, que son los dos factores más poderosos de su éxito. Siempre tranquilo, Lewis Stone no ríe nunca, sonríe poco, y jamás sin razón; no obstante es con todos los que le rodean, la encarnación de la afabilidad.

El y Ramón Novarro son en Hollywood los dos hombres más perfectamente educados que he encontrado.

Todavía me parece estar viendo a Lewis Stone, el día en que unos ca-

maradas que unían la grosería a la estupidez, me enseñaron como cosa usual y corriente una frase de muy mal gusto, por no calificarla peor, que desde luego yo no comprendía. La solté, como es consiguiente, a la primera oportunidad y me miró bondadosamente, dándome a entender con su sonrisa irónica que lo que acababa de decir era una barbaridad, pero sin aprovecharse, como tantos otros hubieran hecho, para permitirse la menor familiaridad conmigo.

Conrad Nagel, también es un hombre muy frío y algo distanciado de los demás, pero por otras razones.

Es «Christian Scientist» como muchas otras gentes de Hollywood y su más gran cuidado es vivir única y exclusivamente por y para el espíritu. Ostenta un grado importante en la susodicha fe, y ejerce una gran influencia sobre sus camaradas, que son muchos y entre los cuales se cuentan personajes muy célebres.

¡No es «Christian Scientist» quien quiere!

Margaritte de la Motte, que trabajaba también con nosotros, no es francesa, a pesar de su apellido. Unos ascendientes suyos, muy lejanos, por cierto, lo eran. Por otra parte, no tienen nada de francesa, ni los gustos ni las costumbres.

En el film «Los dos métodos» tenía el papel más simpático y yo, naturopata, el papel odioso, reservado a las mujeres altas y morenas. Pero yo empezaba a conformarse y a tomar las cosas con un poco de filosofía. ¡Hasta las cuestiones de «toilette» constituían para mí un tema filosófico!

No tener nada que decir de la ropa que os ponen sobre las espaldas, es una ruda prueba para una parisiense. No tuve más remedio que aprender a resignarme, porque adaptarse al gusto americano, es en aquella tierra una cuestión de vida o muerte.

Es evidente que una artista tiene siempre el derecho a decir: que a ella no le gusta esto, o no quiere lo otro, pero si lo repite con demasiada frecuencia, pronto se capta la animadversión de todo el mundo y se la considera como a una persona imposible, de la que es preciso prescindir a toda costa.

Cada casa tiene un dibujante y un verdadero taller de costura; sería injusto decir que todo lo que sale de allí es feo, hasta para nuestros ojos de francesas.

La «Metro» tenía, por ejemplo, en esta época, como dibujante, a monsieur Clark, de la Casa Lucile, de Nueva York, y debo decir, hablando con sinceridad, que hizo cosas verdaderamente primorosas. Pero lo que es molesto, es ese perpetuo e insistente cuidado que ponen los modistos en sus figurines para que los tra-

jes sean de rico, de millonario, ya que el gusto americano así lo exige. Una mujer de mundo, que no vaya literalmente cubierta de bordados y vieles magníficas no es para ellos tal mujer de mundo. Hay todavía un punto sobre el que todavía allá no se transige. Me refiero a la cuestión del escote. Puede una enseñar la espalda hasta los riñones, la pierna hasta el muslo, todo el cuerpo bajo la malla más inverosímilmente fina, pero ni la más insignificante parte de vuestro pecho. ¡Eso, no! ¡Allí es un grave pecado! «Tapad esos senos que yo no sabría ver» es un verso que Moliere y Tartuffe acertaron para simpatizar directamente con el público norteamericano.

Muy pronto comprendí que allí era inútil batallar. Que era machacar en hierro frío.

Terminada la película antes citada volví a encontrarme en Navidades. Aproveché aquellas fiestas para reunir en mi casa a todos los camaradas que tan gentilmente me habían acogido en Hollywood.

Según la costumbre, tuve que ofrecerles un gran árbol de Noel.

Me costó muy caro, pero la «soirée» constituyó un éxito. Excuso decir que bebimos cuanto quisimos... y quisimos bastante. Un gran placer de los americanos consiste en beber y aquella noche pudieron hacerlo a su gusto y rociar su paladar con las mejores marcas.

A los pocos días volví a empezar a trabajar, rodando un film dirigido por Lon Telegen, después, una serie de películas en las que yo desempeñaba invariablemente el papel de mujer fatal y pernicioso, que hace romper a los novios, destruye la tranquilidad de los hogares, arruina a los hombres y hace llorar a las madres y a los niños.

Aquello me era francamente odioso. Es preciso que le guste a una mucho su papel y poner toda su atención en su desarrollo y la mejor voluntad para darle el aire de realidad y verismo, y sucede que muchas veces con todo este preparativo no sale bien, ¡calculen, pues, lo que me sucedería a mí con aquellos odiosos papeles, que no podía sentirlos y los hacía a la fuerza!...

Una vez, sin embargo, sólo una vez, creí que me darían un papel que me gustaba y que deseaba con apasionamiento.

Pero, como por encanto, la víspera del día que debía empezar, el papel fué confiado a una «vedette» muy querida de los públicos de todo el mundo, bruscamente libre, y a la que, según decía la empresa, no podía dejar sin trabajo: «Business are business!». «¡El negocio es el negocio!».

(Continuará.)



*Charles Ray y Eleanor Boardman en el film
En pública subasta, de la M. G. M.*



*El coloso
Lon Chaney
en una escena de
"El sargento
Malacara"
producción M. G. M*

*Nice Baby,
pequeño artista de
la Paramount.*



U

na escena de
"Jaque a la Rei-
na" de Selecciones
Verdaquer.



Marcelina Day con su va-
liosa colección de flores.

